

NOTAS

(Inéditas... y de antología)

El secreto de las Naciones exitosas

Casi siempre, Montaner escribe artículos de antología, de esos que no se pueden botar con el diario en que aparecen. Son artículos que hay que releer, hay que volver a ellos porque son fundamentales. Es por esta razón que nosotros habitualmente recogemos en las páginas de esta Revista las excelentes producciones de Montaner. La de ahora, está dedicada por el autor a Alfonso López Michelsen, otro ensayista de antología.

COMO ESTO ES —ME TEMO— UNA COLUMNA PERIODÍSTICA, comencemos por la frase rotunda: *la americanización del planeta es una falsa percepción*. Una vez debidamente intrigado el lector, y ya probablemente en guardia y con ganas de pelea, continuemos la provocación: el mundo nunca se ha “españolizado”, “afrancesado”, “germanizado” o “britanizado”. El mundo tampoco

se va a “japonizar” o a “orientalizar”. Esas son cómodas maneras de discutir en la barbería o en la facultad de humanidades, pero sin demasiado fundamento. El mundo, hace dos mil quinientos o tres mil años, se “helenizó”, y, a partir de entonces, todo lo que ha ocurrido es un continuo desplazamiento por el globo terráqueo de los valores y la cosmovisión que los griegos sintetizaron dentro de su cultura. Lo que ha sucedido —lo que nos sucede— es que, por períodos más o menos largos, determinados fragmentos de nuestra civilización helenística se alzan provisionalmente con la hegemonía planetaria por el razonable procedimiento de perfeccionarla cada vez más en el terreno de la economía, las artes, las ciencias y el dominio de la guerra.

Los romanos —como saben los más sencillos escolares— tomaron casi todo de los maestros griegos y encabezaron la civilización

IV TRIMESTRE 1996

helenística por varios siglos, enriqueciéndola con el Derecho, las construcciones civiles, la organización de complejas burocracias estatales o la milicia implacable y moderna, a lo que se sumó —ya en su decadencia— la ética judeo-cristiana, absorbida y montada sobre la armazón institucional del Imperio.

¿Cuándo los árabes alcanzaron la cúspide histórica de su poder y su gloria? Entre los siglos VIII y XII, cuando arrimaron sus camellos a las fronteras de Bizancio y al Mediterráneo grecorromano, es decir, “helenístico”, y adquirieron una visión de la existencia humana bastante diferente de la que tenían en sus primitivas tiendas de campaña. Es cierto que en estos siglos —especialmente entre el VIII y X— ningún poder europeo podía igualárseles —exceptuando Bizancio—, pero esto es verdad sólo porque los árabes habían sido culturalmente preñados por los descendientes de Pericles y Galeno, de Tolomeo y Séneca, de César o Vitrubio. Fueron grandes cuando se empinaron sobre las ruinas grecorromanas.

La misma interpretación es posible aplicarla al persistente imperio turco. Apenas fueron una despreciable horda de terribles jinetes, dotados de arcos invencibles, hasta que los parcialmente helenizados árabes y los griegos de Bizancio les enseñaron otra manera de leer la realidad, otros quehaceres, otros objetivos vitales, otros horizontes. Nada fueron hasta ese

momento, y casi desaparecieron como centro de poder en el instante en que se debilitaron sus lazos con la matriz helenística, tragedia que entendió mejor que nadie Mustafá Kemal —‘Attaturk’— cuando desesperadamente trató de girar con dirección a Occidente después de la Primera Guerra, punto final de la “gran historia” turca.

El año 800 de nuestra era es clave para entender lo que estoy afirmando. En esa fecha Carlomagno, un franco, un germano romanizado, asume la jefatura de un resucitado “Sacro Imperio Romano-Germánico” y traslada al norte de Europa la cabeza del núcleo cultural helenístico. Ese fenómeno, con altibajos, todavía perdura, y es lo que explica la pujanza ya milenaria de los pueblos anglogermánicos y —en última instancia— la supremacía pasajera (como todas) de los norteamericanos.

En efecto, Estados Unidos no llegó a la cima del planeta como consecuencia de la originalidad de su cultura, sino por ser una nación capaz de perfeccionar la herencia que recibía de ingleses, holandeses y alemanes. Todo le había sido culturalmente entregado por sus antecesores europeos: el constitucionalismo, la pasión por la investigación científica, la ética de trabajo, la reverencia por el comercio intenso, un individualismo peculiar que cultivaba la responsabilidad con el prójimo y el gregarismo social. Lo que hicieron los norteamericanos, simplemente, fue utilizar esa herencia como

pedestal para llevar el modelo de civilización occidental el viejo helenismo— hasta otras cotas de desarrollo, poder y prosperidad. La hazaña no estuvo en crear un mundo original y distinto, sino en asumir, absorber, e imitar impulsados por un fortísimo espíritu de emulación. Fenómeno, por cierto, que se hace candorosamente transparente en ciudades llamadas ‘Filadelfia’ —¿se quiere algo más griego?— o en la monumentalidad clásica de Washington.

Algo no muy diferente es lo que han hecho en nuestros días, voluntariamente, Japón y Singapur, Taiwan y Corea. Han imitado a Estados Unidos como Estados Unidos, en su momento, imitó a Inglaterra, como Inglaterra imitó al norte de la Europa continental, como este, en el primer medioevo, buscó su patrón de civilización en las fuentes clásicas. No es insisto- que Asia se americanice: es que ciertas naciones de Oriente han descubierto que el camino de la supremacía exige la conquista del cetro helenístico, objetivo al alcance de cualquier pueblo que se lo proponga, independientemente del dios al que le rece o el color de la piel que exhiba.

Obviamente, de estas reflexiones se derivan dos consecuencias con las que América Latina suele sentirse profundamente incómoda. La primera es la inevitabilidad del eurocentrismo. Es absolutamente estéril desgastarnos en la búsqueda de una singularidad que nos separe de la cabeza del planeta. Hay que

jugar la carta del eurocentrismo o —simplemente— renunciar al éxito y el progreso. Y la segunda se deriva de la anterior proposición: si queremos ser parte de la proa de nuestro mundo, tenemos que entender que la forma de instalarnos en esa ventajosa posición es imitar cuanto hacen los líderes del planeta —Estados Unidos, Japón y Europa— y trazarnos como meta la superación de ese modelo.

¿Esto es imposible? ¿Por qué? Desde 1880 hasta 1930, mientras Argentina, intuitivamente, se movió dentro de estas coordenadas, consiguió estar entre los diez países más prósperos, creativos y habitables de la Tierra. En el momento en el que perdió el rumbo comenzó a despeñarse, hasta llegar al caos espantoso de la década de los 80.

No hay etnias o naciones incapaces de colocarse a la cabeza del mundo. Los chinos que hoy nos admiran en Singapur o Hong Kong —un 30 por ciento más ricos que los españoles— ayer eran tenidos por vagos viciosos, sucios y empedernidos jugadores. Los latinoamericanos que hoy se perciben —o se autoperciben— como criaturas nacidas para el subdesarrollo y el atraso, mañana pueden deslumbrarnos con sus logros. Todo radica en que comprendan el secreto del liderazgo. Todo estriba en que se decidan a emular a quienes, provisionalmente, ocupen las trincheras de avanzada. Ese es el secreto.☺

Carlos Alberto Montaner